



LA CULTURA

“Lo peor que le puede pasar a un museo es parecerse a otro museo”, acostumbra a decir Vicent Todolí. Y parafraseando al ex director de la Tate Modern, se podría convenir que lo peor que le puede pasar a la oferta artística de una ciudad es parecerse a la que ya existe en cualquier otra ciudad, del mundo. Barcelona, es cierto, no cuenta con un supermuseo como el Prado (Madrid), el Louvre (París), el Metropolitan (Nueva York) o el British (Londres), cuyas vastísimas colecciones son un imán para visitantes de todo el mundo. Pero en cambio atesora una sugestiva red de museos monográficos en cuyas cabeceras figuran los nombres de algunos de los más grandes artistas del siglo XX: Picasso, Miró, Tàpies (o Dalí, en Figueras, si somos capaces de superar esa distancia de poco más de 100 kilómetros que en cualquier otra capital europea no supondría ningún problema).

Barcelona tiene además un Museu Nacional d'Art de Catalunya (MNAC) que posee uno de los mejores conjuntos de pintura románica del mundo y con unas colecciones admirables de arte gótico y barroco; un museo de arte contemporáneo (Macba) centrado en las generaciones post 68 que en la etapa de Manuel Borja-Villel –hoy al frente del Reina Sofía– consolidó un modelo ampliamente reconocido en el panorama internacional; y un Centre de Cultura Contemporània de Barcelona (CCCB), con una personalidad que refleja el lugar donde está pero con una clara vocación universal.

En la radiografía de ese ecosistema singular, aún hay otro hecho diferencial: la existencia de un creciente número de mecenas y coleccionistas particulares que no sólo han enriquecido nuestro patrimonio artístico –en un país sin colecciones reales ni tradición del coleccionismo público, los museos se

han ido alimentando gracias a las donaciones de los privados–, sino que, además, en las últimas décadas han decidido exponerlas públicamente, sembrando la ciudad de centros de arte sin los cuales nuestro peso cultural desde luego no sería el mismo. Es el caso, por ejemplo, del hotelero Clos y de su Museu Egipci; de Mario Rotllán y Foto Colectania, un centro de referencia en el campo de la fotografía que meses atrás trasladaba su sede al corazón del Born; su vecina Blueproject, un innovador espacio de exhibición y producción artística impulsado por Vanessa Salvi; la Fundació Suñol, con una magnífica sede en paseo de Gràcia, cuya colección atraviesa el arte de vanguardia del siglo XX sin excluir estilos o estéticas.; o la Fundació Vila Casas, que cuenta nada menos que con cinco sedes (algunas de ellas fuera de la ciudad), y que, como en menor medida la colección de Lluís Bassat en Mataró, llena en parte ese vacío en torno a destacados artistas

A menudo, la cartera de exposiciones no suele resistir la comparación con las de Madrid o Bilbao

catalanes que no tienen cabida ni en el MNAC ni en el Macba.

Y sin embargo la cartelera de exposiciones no suele resistir la comparación con las de Madrid o Bilbao. Las aportaciones de las administraciones públicas (las de aquí y las de Madrid) a los principales centros museísticos han menguado drásticamente en los últimos años y sus presupuestos no alcanzan para programar grandes exhibiciones temporales. Por poner sólo un ejemplo, antes de la crisis el MNAC disponía de 20 millones de euros anuales, mientras que en la

actualidad no rebasa los 15. De ellos, sólo 1,5 irá a parar a programación y actividades, más o menos la misma cantidad que el Museo del Prado destinó en el 2016 a la muestra del Bosco, que reunió a cerca de 600.000 visitantes y se convirtió en la más vista de su historia. Es un pez que se muerde la cola. A más dinero, más capacidad para generar exposiciones atractivas para el público, más visitantes y, por tanto, mayor oportunidad para retornar la inversión mediante la venta de entradas. Y si no, que se lo digan al Reina Sofía y su gran retrospectiva de Dalí en el 2013, cuyos ingresos por taquilla (730.339 personas) superaron con creces la inversión.

¿Cómo salir de la encrucijada? Obviamente, las administraciones públicas deberían tomar conciencia de que los museos barceloneses no podrán ofrecer una programación acorde a su nivel sin una apuesta decidida por su parte que vaya acompañada de la correspondiente dotación presupuestaria. Pero desde los centros sería bueno también que asumieran que los éxitos de taquilla son esenciales para mantener el museo vivo. Y que el éxito no está necesariamente reñido con propuestas que hagan que el público reflexione y aprenda, que lo desafíen y lo ayuden a ser más crítico, a pensar en el mundo y su realidad de una manera diferente.

Otra cuestión es si Barcelona debería entrar a jugar en la liga de los *blockbuster*, esas exposiciones que atraen masas y que a finales de año adornan con muchos ceros sus cuentas de resultados, pero que, ay, a menudo acaban muriendo de éxito (el visitante llega con el imperativo del acontecimiento que no puede perderse y acaba encontrándose con una sala atestada de cabezas que le impiden disfrutar de los cuadros). La respuesta aquí y casi en cualquier otra parte empieza a ser coincidente: no. Los grandes nombres sólo son fuegos de artificio si

en torno a ellos no se es capaz de articular un discurso propio. Pero sería deseable una mayor diversidad (¿por qué no hay hueco en su cartelera para artistas como Bill Viola, que el pasado año reunió a 710.995 visitantes en el Guggenheim Bilbao?) y una pizca más de ambición (se echan a faltar muestras internacionales como *Bacon, Freud y la Escuela de Londres*, que en ese mismo 2017 hizo batir el récord de público en el Picasso Málaga?). Y que el pú-

Idea 13

Recuperar la inversión de las administraciones en los museos y programar también para atraer más público

blico abriera más los ojos: exposiciones como la del tándem formado por Jennifer Allora y Guillermo Calzadilla, que convocó colas en el MoMA, corre el riesgo de pasar con sordina por la Tàpies, un centro que el pasado año registró una caída de público (52.000 visitantes) pero que sin embargo produjo exposiciones como la dedicada a la fotógrafa norteamericana Susan Meiselas, que de aquí partió al Jeu de Paume de París y más tarde se exhibirá en el Museum of Modern Art de San Francisco. No es un caso excepcional: algunas de las muestras creadas por el CCCB siguen circulando por medio mundo.

Paradojas de una ciudad cuyo gran museo (el MNAC) no tiene ni siquiera espacio suficiente para exhibir sus colecciones (el proyecto de ampliación a uno de los pabellones de la Fira continúa en *standby*, mientras que en los últimos años se han destinado partidas millonarias para poner en marcha infraestructuras como el Museu de les Cultures del Món y desde las instituciones públicas se siguen lanzando globos sonda como el de un improbable museo de arquitectura); que nunca ha conseguido contar con una feria de arte internacional a la altura de sus talentos creativos (pudo tenerla: en cierto modo, Arco nació en Barcelona en 1976) y cuya oferta expositiva caería muchos enteros sin el concurso cada vez más decisivo de grandes centros privados como CaixaForum, cuyos acuerdos con grandes museos internacionales propician puntuales desembarcos de fondos del Louvre, el Prado o el British; la Fundación Mapfre, con muestras de altísimo nivel, o la Pedrera. |

La famosa escultura 'Mitjó', proyectada por Tàpies en 1991 para la sala oval del MNAC, preside la terraza de la fundación que lleva su nombre

Las paradojas de un ecosistema singular

La falta de apuesta por parte de las administraciones públicas arrincona a los museos contra las cuerdas de unos presupuestos pírricos que le impiden desarrollar su gran potencial **Teresa Sesé**